

Élisabeth Badinter

LAS PASIONES INTELECTUALES

I. DESEOS DE GLORIA (1735-1751)

Introducción

(fragmento)

LIBIDO SCIENDI. La avidez de saber existe desde siempre. Condenada por la Iglesia, esta pasión desafía las leyes divinas y entraña las tentaciones más peligrosas para el alma humana: orgullo y vanidad, voluntad de imponer sus opiniones. La *libido dominandi* la sigue de cerca.

Hasta el fin de la Edad Media, el saber pertenece a los clérigos - ancestros de los intelectuales- cuyo entorno y cuya moral son poco propicios para la explosión de las pasiones humanas. En el mundo cerrado de los conventos y de las universidades, se interpreta infatigablemente los textos sagrados y el corpus aristotélico. Esto deja poco lugar a los descubrimientos, que constituyen el orgullo del sabio. El clérigo trabaja en un cuasi anonimato: aislado del resto de la sociedad, el mundo exterior lo ignora. El orden clerical impone silencio, modestia y amistad en sus filas. La Iglesia sólo autoriza la disputa escolástica en su significado original de examen y discusión de una cuestión. Pero condena las rivalidades personales que puedan derivarse de la misma. En las sociedades de los clérigos, las pasiones existen, por supuesto, pero sus ecos son raros, pues son pocas las ocasiones en que se expresan públicamente. ¿Será ésta la *esencia* del deseo de gloria cuando el público no es más que una audiencia restringida? ¿Qué ocurre con la pasión de dominar a los pares y de imponerles la propia supremacía cuando el orgullo es un pecado mortal?

Habrà que esperar al humanismo y a la revolución intelectual del Renacimiento para que el saber deje de ser patrimonio exclusivo de los teólogos. La renovación científica es esencialmente obra de laicos que hacen estallar al mismo tiempo el cosmos de la Antigüedad y el yugo de la escolástica. En el siglo XVII, Descartes, Newton, Huygens, Fermat o Roberval establecen los principios de la ciencia moderna, que nada le debe a la teología. Así, dan lugar a numerosos descubrimientos sabios

y técnicos que suscitan el interés del poder político. El rey y sus ministros perciben las ventajas que pueden obtenerse del desarrollo de las ciencias, aunque más no sea por los progresos de la astronomía, que facilitan la navegación, o los de la óptica, cuyos instrumentos cambian la visión humana. El saber se convierte en fuente de riquezas y de gloria. A partir de ese momento, el Estado se propone apropiarse de él.

En Francia, el acta de nacimiento de los intelectuales data de la creación de las academias. La más antigua, la Academia Francesa, fundada por Richelieu en 1634, tiene por objeto redactar el *Dictionnaire de la langue française*. La Academia de Inscripciones y de Letras, fundada por Colbert en 1663, se ocupa de los trabajos históricos y arqueológicos. La más reciente, nacida en 1666, también bajo el impulso de Colbert, es la Academia Real de Ciencias, que se consagra al desarrollo de las mismas y asesora al poder real sobre los problemas técnicos. Estos lugares destacados del saber laico, que reúnen a la elite intelectual del país, pronto habrían de convertirse en objetos codiciados por todos aquellos que hacen del pensar su profesión, y en los primeros escenarios de sus ambiciones. Otorgando pensiones a la entonces llamada “gente de letras”, para que ilustre e invente en provecho del Estado, la monarquía absoluta asienta los cimientos de una república de la inteligencia que poco a poco va a tomar conciencia de sus especificidades, de sus intereses y de su poder. En aquel entonces, nadie podía sospechar que estos celosos funcionarios del rey constituirían una nueva clase social, independiente de los órdenes instituidos, que desbordaría el marco de las academias para convertirse en el fermento de la oposición.

Aunque la palabra casi no se utilice en la época, se puede hablar de “intelectuales”¹ en el siglo XVIII, e incluso, pese al anacronismo, de una verdadera “*intelligentsia*”.² Por lo demás, algunas precisiones de vocabulario se imponen. Hasta la mitad del siglo XVIII, no se distingue entre hombre de ciencia y hombre de letras. En 1725, Montesquieu brinda la siguiente explicación: “Las ciencias se tocan unas con otras; las más abstractas conducen a aquellas que lo son menos, y *el cuerpo de las ciencias en su totalidad depende de las letras*”.³ Por lo tanto, no

¹ Daniel Roche, *Les Républicains des lettres: Gens de culture et Lumières au XVIII^e siècle*, París, Fayard, 1988, p. 225.

² Eric Walter, “Sur l’intelligenstia des Lumières”, en *Dix-huitième siècle*, 5, 1973, pp. 173- 201. Véase sobre todo la notable contribución de Paul Vernière, “Naissance et statut de l’intelligenstia en France”, en Christiane Mervaud y Sylvain Menant (eds.), *Le siècle de Voltaire. Hommage à René Pomeau*, Oxford, The Voltaire Foundation Oxford, 1987, vol. II, pp. 933-941.

³ *Discours sur les motifs qui doivent nous encourager aux sciences*, leído en la sesión de apertura de la Academia de Bordeaux, el 15 de noviembre de 1725. El subrayado es nuestro.

existen, como en la actualidad, dos culturas diferentes, una científica y otra literaria,⁴ sino una sola que constituye la “República de las Letras”. Por otra parte, el término “sabio”, sinónimo de “filósofo”, guarda hasta la década de 1750 su antiguo significado de “hombre de saber” más que el de “especialista en una disciplina”. Descartes o Newton, Leibniz o Malebranche son denominados sin distinción sabios o filósofos. Son hombres que obran según los principios de la razón y que sostienen la pluma. Ya se los podría llamar “intelectuales”. Posteriormente, todos los filósofos del Siglo de las Luces comenzarán su carrera con un trabajo sabio. Sin mencionar siquiera a D’Alembert, los Montesquieu, Voltaire, Diderot, Rousseau, D’Holbach y otros menos conocidos están familiarizados con los problemas sabios de la época y a menudo los abordan en sus producciones filosóficas. Todos los hombres que participaron en la *Enciclopedia* son, paradójicamente, los últimos representantes de la unidad del saber. En efecto, poco a poco se produce la escisión de estas dos culturas, y la generación siguiente asiste al surgimiento de la especialización del saber sabio. El filósofo se diferenciará del “sabio” y se acercará al hombre de letras. Con algunas excepciones, como la de Condorcet, su lugar de elección ya no será la Academia de Ciencias, sino la Academia Francesa. Luego, rápidamente, prescindirá de la unción académica para dirigirse de manera directa a la opinión pública.

La historia comienza en la Academia de Ciencias, que, sin duda alguna, es el lugar de origen de la ambición intelectual. Superior a la Academia Francesa por el rigor de su reclutamiento -el postulante es cooptado ante todo por sus cualidades profesionales, no por la cantidad y la calidad de sus relaciones-, la Academia de Ciencias supera en función de su objeto de estudio a la Academia de Inscripciones, consagrada a la erudición y a la conservación. Fuente de descubrimientos y de riquezas para el reino, constituye el símbolo del progreso de las ciencias y de las artes, por ende, de lo que contribuye a la felicidad de la humanidad. Encargado de descifrar los misterios de la naturaleza, el sabio-filósofo puede llegar a creerse un demiurgo. Aunque hayan sido necesarios varios decenios para demostrar su importancia e imponer su preeminencia, la Academia de Ciencias, en mucho mayor medida que sus primogénitas, suscitó la codicia de los intelectuales y la admiración de un público emergente que se incrementó considerablemente en el siglo XVIII. Las Luces fascinan, y esta Academia es la primera depositaria de las mismas.

En un principio, la Academia de Ciencias fue concebida según el ideal baconiano de una ciudad de sabios: *todos para uno, uno para todos*. La actividad colectiva y las publicaciones anónimas debían

⁴ Charles-Percy Snow, *Les Deux Cultures*, París, Jean-Jacques Pauvert, 1968 [trad. esp.: *Las dos culturas*, México, CONACYT, 1982].

preservar a la institución de los conflictos individuales. Como subraya Roger Hahn,⁵ los fundadores de la Academia creían que una sociedad científica como ésta se consagraría con discreción a la búsqueda de la verdad más que a la repercusión de los debates públicos. En suma, creían que el consenso y el anonimato serían las mejores condiciones del progreso sabio. Por desgracia, la prudencia colectiva y la armonía esperada no acudieron a la cita. Nunca cesaron las disputas ni las controversias, ni siquiera al amparo del anonimato. La situación empeoró cuando los nuevos reglamentos de 1699 autorizaron que las contribuciones individuales se publicaran con el nombre de sus autores. Al fin podría darse rienda suelta a las ambiciones personales. Habría que tener toda la ingenuidad del padre Le Seur, matemático de excepcional modestia, para sorprenderse con las disputas que surgían entre los geómetras: “Hombres a quienes ocupan las mismas verdades deberían ser todos amigos”, decía. “Ignoraba -anota Condorcet- que para la gran mayoría el objetivo primordial es la gloria; el descubrimiento de la verdad está en segundo lugar”.⁶ Buen conocedor de sus colegas por haber redactado durante veinte años su elogio *post mortem*, Condorcet sabía muy bien que la neutralidad y la ausencia de pasiones raramente son patrimonio de los hombres, sean filósofos o sabios; y que casi siempre debíamos a las debilidades de los hombres “todo lo que se había hecho de útil para ellos”.⁷

Si las rivalidades entre intelectuales son ineluctables, se debe a que la voluntad de imponer sus ideas, su interpretación o su verdad es inherente al accionar de los mismos. Como nuevamente dice Condorcet: “No existen hombres de genio que no sientan la necesidad de compartir con otros la percepción que tienen de su propia fuerza”.⁸ También podría decirse: de la propia existencia. A partir del momento en que cada uno aspira al reconocimiento, es casi inevitable que la disputa en el sentido escolástico degenera en polémica, de consabido significado guerrero.⁹ El debate se convierte en un combate sin cuartel, quizá menos por deseo de gloria que por el hecho de que cada uno tiende a identificarse con su opinión. Basta con que a alguno se le ocurra rechazarla, para que su autor se sienta atacado, herido y, a

⁵ Roger Hahn, *L'Anatomie d'une institution scientifique: L'Académie des sciences de Paris. 1666- 1803*, París, Editions des Archives Contemporaines, 1993, p. 42.

⁶ Jean Antoine Condorcet, “Eloge du père Le Seur (1777)”, en *Oeuvres de Condorcet*, Stuttgart-Bad Connstatt, Friedrich Fromman Verlag, 1968, t. II, p. 136. Nueva impresión en facsímil de la edición de París, 1847-1849.

⁷ Jean Antoine Condorcet, “Eloge de M. Fontaine (1773)”, en *op. cit.*, p. 148.

⁸ *Ibid.*

⁹ De hecho, Fontenelle se sorprendía de que su larga discusión con el inglés James Jurin sobre los números finitos haya dado lugar a una amistad. Subrayaba que aquel era “un ejemplo excepcional en las Letras”. Carta a James Jurin de 1733. Un extracto de esta carta fue publicado en el catálogo de venta del 28 y 29 de abril de 1997 en Drouot (experto Thierry Bodin).

veces, aniquilado. "Pide auxilio: alguien quiere degollar a su hijo."¹⁰ Las disputas por la prioridad no son menos violentas; y las razones son las mismas: *su* descubrimiento, *su* análisis, *su* demostración son indisolubles del que ha producido los descubrimientos, deben ser puestos en su haber y reconocidos como suyos por la comunidad de iguales. El autor espera que ésta le otorgue un certificado de paternidad, y cuando se lo niega experimenta un doloroso sentimiento de expropiación, incluso de negación de su propia persona. "Dar al César": tal es la primera exigencia del intelectual. Apropiarse de su idea o de su descubrimiento, para él, es asimilable a un robo, a un crimen.

Sobre estas reivindicaciones existenciales se insertan las grandes pasiones que atormentan a tantos intelectuales. Ganarse el reconocimiento de sus semejantes, ser consagrado por ellos *primus inter pares*, tal es el móvil secreto en la mayor parte de los casos que se nos han presentado. Constituye asimismo la recompensa más rara que pueda ser acordada, pues es extremadamente difícil hacer admitir a los demás que ocupan un segundo lugar. A falta del *imperium* intelectual, algunos se contentan con ejercer el poder sobre las instituciones... ¡Una manera más de maltratar a los pares!

En el siglo XVIII, las rivalidades intelectuales se ven modificadas por la emergencia de una nueva fuerza, desconocida por los siglos precedentes: la opinión pública. Limitados en un inicio a los círculos restringidos de los salones, de los lectores de periódicos, de los profesores, el número de los aficionados ilustrados no deja de crecer a lo largo de los decenios. A tal punto el saber es sinónimo de prestigio y de liberación a los ojos de la burguesía ascendente. Poco a poco, los intelectuales comprenden la necesidad de convencer a este otro juez, la opinión, de la legitimidad de su trabajo. De ahí en más, la partida se jugará de a tres: el intelectual, sus pares y el público, el cual será cada vez más llamado a decidir entre el primero y los segundos. La democratización del saber tiene todas las ventajas sabidas, incluida la de impedir que una comunidad científica funcione como una secta. Pero la opinión, aun ilustrada, sigue siendo lo que es: una opinión (*doxa*), no un saber (*episteme*). Y a los sabios no les gusta que los aficionados vengan a dictarles su juicio.

Fuente de gloria, de poder y de dinero, la opinión pública complica el juego del intelectual ambicioso al exacerbar las rivalidades y los conflictos. Es difícil convencer a los pares y a la opinión con un mismo argumento. Los primeros exigen que se respete su código y que se les presenten previamente tesis e ideas para pasarlas por el filtro de sus críticas. Sin esto, los ignoran superlativamente. Así funciona la

¹⁰Carta del conde de Lynar a la condesa de Bentinck, del 8 de febrero de 1753, en *Une femme des Lumières. Écrits et lettres de la comtesse de Bentinck (1715-1800)*, ed. de Anne Soprano y André Magnan, CNRS, 1997, pp. 67-70.

Academia de Ciencias en el siglo XVIII, tal como funcionan hoy los especialistas de una disciplina. Aunque la acusación de demagogia y de simplificación aceche al intelectual que desconoce las reglas del juego, no es menos fuerte la tentación de prescindir del *imprimatur* de sus iguales para dirigirse directamente a la opinión y ganar su adhesión, prenda de una celebridad que sólo ella puede conferir.

A la hora del exorbitante poder de los medios y de la tiranía de la opinión fabricada por éstos, se podría creer que hoy en día el intelectual no necesita en absoluto del reconocimiento de sus pares. Ahora bien, esto no es así. Las reglas del juego triangular inauguradas en el siglo XVIII siguen siendo las nuestras, aun cuando los dos jueces del intelectual parecen ya no tener el mismo peso. En verdad, no puede privarse de ninguno de los dos por mucho tiempo. Si sus pares lo ignoran, el reconocimiento público no bastará para sustituir el que sus iguales le niegan, pues sólo ellos pueden otorgarle el sello de calidad que busca. Si lo ignora el público, terminará confinado a un lugar específico de un club cerrado que funciona autárquicamente; por cierto, la modestia prevalece entonces sobre la detestable vanidad, pero esto frustra duramente el deseo de reconocimiento. ¡Ni hablar de esa “avidez que no cesa de renacer y que cada día goza del éxito de la víspera preparando el del día siguiente”¹¹ que Condorcet observaba ya en muchos de sus colegas!

Desde hace dos siglos, los intelectuales franceses persiguen este doble reconocimiento tan difícil de conciliar. La apuesta es considerable dado que, en nuestro país, es narcisista y política a la vez. En Francia, a partir del Siglo de las Luces, el deseo de gloria, egocéntrico por naturaleza, se combina con una voluntad de poder ideológico que supone alianzas y clanes. La ostentada soledad de un Rousseau es una excepción que, por otra parte, sus pares no le perdonaron. En cambio, el esmero que puso Voltaire en la creación de redes y solidaridades, aun coyunturales, sirvió de modelo a los intelectuales de los siglos siguientes. Así nació, antes de la Revolución Francesa, una “*intelligentsia*” que ignora su nombre, verdadera fuerza que el poder político deberá tener en cuenta a partir de ese momento. Pero, más allá de la gloria y del poder inmediatos, el deseo último del intelectual ambicioso es legar su nombre a la posteridad. Encarnar un progreso del pensamiento, convencer de ello a sus pares, lograr que la opinión pública adhiera a su causa; éstas son sólo etapas hacia el cumplimiento de esa loca esperanza. He aquí la causa primera del desencadenamiento de las pasiones, que ya no conoce vínculos familiares ni relaciones amistosas, y que, como veremos, puede llegar hasta la paranoia y la megalomanía.

¹¹ Jean Antoine Condorcet, “Eloge de M. Fontaine”, *op. cit.*, p. 148.

Ya se habrá comprendido, la historia que sigue es menos la de las obras que la de sus autores. Más exactamente, la de sus estrategias, conscientes o no, para alcanzar sus objetivos. Esta búsqueda de los elementos más subjetivos de sus recorridos no se confunde con la de la verdad. Es la historia de las ambiciones personales que deben ser descifradas detrás de las polémicas y de las declaraciones convencionales. Esta historia pone en juego a todas las pasiones humanas que intentan disimularse por temor a empañar la propia reputación. Historia que, no obstante, se revela en las conversaciones privadas que las correspondencias de los protagonistas, amigos y enemigos, restituyen. ¡Qué preciosa es esta época para el historiador, este siglo XVIII en el que el mundo cultivado no duda en dejar por escrito confidencias y cotilleos, tal como se intercambiaban en la intimidad o en los salones! Aun los más moderados algunas veces dejan escapar de sus plumas sentimientos reveladores...